

Siempre llama nuestra atención, y nos intriga, el detalle que demuestra cómo el gran retablo de la Basílica sufrió una mutilación en época todavía no aclarada. El retablo, fue una obra diseñada por el artista lorenés, afincado en Bilbao, Guiot de Beaugrant, pero debido a la muerte que le sobrevino en plena realización, tuvo que ser finalizado por su hermano Juan y por el alavés Juan de Ayala.

Consta de cinco alturas, con múltiples imágenes que relatan diversos episodios de la vida de María, desde la anunciación a su Asunción a los cielos y de la de Jesús, desde la adoración de los magos hasta su pasión en la cruz. Presenta asimismo veinte imágenes, de los apóstoles, de los padres de la Iglesia y de los cuatro evangelistas.



Muchas de estas imágenes aparecen enmarcadas



por las columnas de diversos órdenes que simulan sostener la estructura. Y es en esas piezas donde se produjo el deterioro. Todas las columnas tienen el fuste acanalado, menos algunas de ellas. Concretamente las del segundo nivel, que tienen el tercio inferior del fuste sin acanalado alguno, y si se presta atención se puede comprobar que han sido groseramente raspadas. Es en la parte frontal donde se aprecia más su total destrucción, pero si se desliza un espejo por su parte posterior aún es posible entrever algunas imágenes en relieve, que obviamente la constituían.



Juan de Pagoeta, en su documentado libro *Portugalete y su Basílica de Santa María*, cita que posiblemente hubieran albergado figuras que "algún párroco puritano e inculto mandó mutilar".

Pero merced a una visita que efectuó la Asociación de Amigos de la Basílica a la iglesia de San Severino en la cercana Balmaseda, se ha podido resolver el "misterio".

Ya conocíamos que la Iglesia de San Severino luce un hermoso retablo de la crucifixión cuya autoría pertenece al creador del nuestro, el citado lorenés Guiot o Guyot de Beaugrant. Y en el ciclo de visitas a iglesias interesantes, que la Asociación ha comenzado a practicar, esta primavera tuvimos ocasión de conocerlo y admirarlo. Y allí nos tropezamos con las columnas originales, que se mantienen intactas, sin que hubieran molestado nunca a ningún párroco obtuso.

Los fustes acanalados son exactos a los nuestros, como corresponde a su origen común, pero allí se conservan las figuras como fueron diseñadas, sin mutilar.

Se trata de danzantes desnudos, que quizá simbolicen el infierno, y que seguramente algún clérigo inquisidor considerando que los fieles portugalujos estaban más atentos al plato que a las tajadas y se distraían de los oficios sagrados por su contemplación, mandaría raspar.

Hoy, gracias a la tolerancia del pueblo de Balmaseda, podemos hacernos una idea cabal de cómo serían los nuestros.

Javier López Isla

Mayo 2014

